

HANS MAGNUS ENZENSBERGER

---

# *¡Siempre el dinero!*

*Una novelita sobre economía*

Con ilustraciones de Javier Mariscal



ANAGRAMA  
Panorama de narrativas

## Índice

Portada

I. La visita de la tía Fé

II. El regreso de la tía Fé

III. La tía Fé se instala en casa de los Federmann

IV. La herencia de la tía Fé

V. Del vademécum de la tía Fé

Créditos

El papel moneda siempre termina retornando a su valor intrínseco:  
cero.

VOLTAIRE

I. La visita de la tía Fé



¡ el dinero **VUELA!**

–¡Viene de visita!

Fue Fanny quien trajo la noticia. Rebosante de alegría, casi triunfal, agitaba una tarjeta postal extraancha en la que se veía un paisaje alpino. En la mesa del comedor todos comprendieron enseguida a quién se refería.

–La tía Fé –murmuró mamá, que suspiró con el cucharón suspendido encima de la sopera.

Finalmente papá rompió el silencio y preguntó:

–¿Cuándo?

–¡Esta noche mismo! –cacareó la pequeña Fanny, sosteniendo en alto la prueba, con sus líneas garabateadas en tinta verde. La misiva no explicaba qué se le había perdido a la tía Fé a principios de abril en la estación final de un tren cremallera suizo.

Pero la tía Fé era una mujer lacónica y prefería las tarjetas postales para comunicarse con el mundo. «Es más barato y menos latoso que el teléfono o esas máquinas modernas, que de todos modos me resultan sospechosas.» En la familia todos sabíamos que tenía una finca junto al lago Lemán, con un parque y una villa legendaria que contaba con un número ingente de habitaciones. Aunque disponíamos de un número de teléfono suyo en Suiza, cada vez que mi padre intentaba hablar con ella respondía la voz áspera de un conserje que tan sólo decía: «La Pervenche.» Nadie sabía qué quería decir. Papá lo buscó en el diccionario y descubrió que significaba «La siempreviva». Yo me imaginaba a aquel hombre como un mayordomo de los que salen en las películas inglesas. El caso es que siempre se excusaba diciendo que la señora no podía ponerse al teléfono.

Por lo visto volvía a estar de viaje. En esta ocasión, no obstante, no había ido a Nueva York, ni a Lisboa, ni a Buenos Aires; simplemente había salido de excursión a la montaña.

–¡La siempreviva! –exclamé yo–. ¡Estamos apañados!

A ojos de mi madrina yo era la más sensata de toda la familia Federmann. Pero también sabía que llevarle la contraria cuando se le metía en la cabeza uno de sus caprichosos planes no servía de nada.

En alemán dinero [*Geld*] rima con mundo [*Welt*]; difícilmente puede existir una rima más sensata. **Lichtenberg**

Fabian, mi hermano, que me superaba ya en altura aunque era tres años menor que yo, me interrumpió enseguida:

–Felicitas –me dijo–, a ti lo que te fastidia es que la tía Fé es más lista que tú.

–Ya basta –intervino papá–. ¿Aquí no puede uno ni comer en paz?

Sí, en casa flotaba otra vez algo en el ambiente.

Mamá no sabía qué ponerle para cenar a la tía, que no se iba a contentar con un simple picadillo de carne. Por suerte era jueves. Una vez a la semana viene nuestra mujer de la limpieza polaca, Bozena; con ésa tampoco se puede bromear, pues la sociedad la saca de quicio como si fuera su enemiga personal. Enfrascada en esa bata-

El menosprecio de la riqueza era en los filósofos un truco para protegerse del envilecimiento de la pobreza. **La Rochefoucauld**

lla, de vez en cuando rompe un florero o una lámpara. Pero no la podemos despedir; lleva muchos años limpiando en casa, y es tan leal que nunca la echaríamos. De eso se da cuenta incluso mamá, aunque no por ello deja de disgustarse por cada rasguño con el que Bozena deja su huella indeleble en algún objeto heredado, por ejemplo la cafetera. En cuanto entra en una habitación con la fregona y el cubo tenemos que salir pitando, y nos regaña si dejamos ropa o juguetes sin recoger. Pero hay que reconocerle, eso sí, que en caso de apuro no le importa echar una mano e incluso se presta a servir en las comidas. Naturalmente trabaja en negro, pues no quiere firmar ningún impreso ni ingresar el dinero en una caja de pensiones. Ella sólo quiere cobrar en efectivo, dinero contante y sonante que luego manda a casa, a su hermana enferma y al holgazán de su hermano, que viven cerca de Cracovia.

Seguramente valdría la pena hablar un poco sobre el aspecto y el porte de la tía Fé. En su día debió de ser una belleza; en la vieja foto del álbum familiar, dirige una mirada provocadora al espectador, como si no se opusiera a flirtear. Ahora debe de tener ya por lo menos ochenta y cinco años, aunque se niega a revelar su edad exacta. Vive en su villa, acompañada de su conserje o mayordomo. Mi padre dice que seguramente conservará aún un jardinero y una doncella. Debe de haberlo sacado de alguna novela antigua. Yo dudo que actualmente queden todavía doncellas con delantal blanco.

Una vez vi en el teatro municipal una obra rusa en la que salía una vieja despótica a la que todos se referían tan sólo como «la generala», aunque no aparecía ningún general. Era exactamente igual que la tía Fé. Cuando se enfadaba, golpeaba en el suelo con el bastón,

que tenía una empuñadura plateada con una cabeza de león que me resultaba de lo más familiar: mi madrina utiliza uno similar para apoyarse al caminar.

Cuando no le interesa oír algo, la tía Fé se hace la sorda, pero si alguien se atreve a recomendarle que se ponga un audífono le suelta una fresca. No le gusta nada que le lleven la contraria. Mis padres la tratan con guantes de seda, pues no se quieren arriesgar a irritarla.

La tía Fé no es ni mucho menos avara. Cada vez que nos visita le da a Bozena una propina considerable. Siempre nos pregunta cuál es nuestra paga semanal. Quiere saber si nos alcanza y qué hacemos con el dinero, y entonces nos pasa unos billetes a escondidas. Me he dado cuenta de que siempre lleva dinero extranjero, francos, libras o dólares. Una vez me regaló cien coronas danesas. Era un billete amarillo que aparentaba más valor del que tenía en realidad. Fui al banco a cambiarlo y no me dieron más de quince euros.

A mamá le molesta la forma que tiene la tía Fé de administrar el dinero. A sus espaldas se pregunta de dónde debe de haber sacado su fortuna, si realmente la ha conseguido trabajando o si la habrá heredado de uno de sus maridos. «¿Quién sabe cómo gana el dinero esta gente en América?» Es una pregunta retórica a la que nadie responde. «Además, Fé no sólo malcría a los niños, sino que también malacostumbra a Bozena. Eso sí, a Franz y a mí nunca se le ocurre preguntarnos cómo vamos de dinero.» Papá no responde. Empezaría una discusión a la que no quiere dejarse arrastrar.

Era una tarde lluviosa de abril cuando la tía Fé paró delante de nuestra casita con una limusina negra. El chófer abrió un enorme paraguas plateado y la acompañó hasta la puerta. La tía llevaba sólo un bolsito bordado y una botella de champán, y lo primero que dijo fue: «No os preocupéis que no seré ninguna carga. Me he instalado en el Vier Jahreszeiten, como siempre, y me marcharé dentro de unas semanas.»

El dinero es como el estiércol; si no se reparte bien no sirve de nada. **Francis Bacon**

La cena transcurrió de forma sorprendentemente apacible. La visitante estaba de buen humor y se sirvió dos veces cuando Bozena sacó la comida.

—Hay que ver lo bien que estáis aquí —se maravilló la tía, que parecía no haberse dado cuenta de que no teníamos copas de champán. No sólo eso, sino que le brindó un inusitado elogio a mi madre—. No sabes la suerte que has tenido, Franz —le dijo a mi padre. Se refería a las recetas de Budapest que mamá había heredado de

los tiempos de la monarquía. Comimos medallones de ternera con albóndigas de pan y un pastel de pasas de postre. Después de la cena, con el café, la tía Fé se encendió un largo cigarrillo Virginia.

—Espero que no te moleste, Friederike —dijo—. ¿Tenéis un cenicero?

Papá sabía dónde había uno, aunque él tenía prohibido fumar en casa.

En el pasillo, después de despedirse de toda la parentela, la tía Fé rebuscó en su bolsito y nos dio unos billetes a los tres niños. Cuando era el cumpleaños de alguno de nosotros aparecía siempre en el buzón un sobre con la dirección de algún hotel en el remite. Nada más salir de casa, la tía golpeó con el bastón en el umbral. El chófer se espabiló de inmediato, abrió el paraguas y la acompañó hasta el coche.

No sé de qué hablarían mis padres después, pues nos mandaron a la cama enseguida. Fabian y Fanny no querían dormir, y vinieron los dos a mi habitación.

—En realidad nadie sabe exactamente quién es la tía Fé —empezó a decir Fanny—. Seguramente ni siquiera es nuestra tía.

—Pero vosotros no os creéis que sea la hermana de papá, ¿no? —repuso Fabian—. Es demasiado vieja.

—Pues entonces será nuestra tía abuela —repliqué yo—. En el fondo da lo mismo. Dejad a la tía Fé en paz. A lo mejor le caemos bien y ya está. Además, yo sé que no tiene hijos. Bueno, ya he tenido bastante. Marchaos, que quiero dormir.

Todo esto suena muy antiguo, pero a mí me parece como si hubiera sucedido ayer. Esto es debido a que aquélla no fue una visita familiar normal y corriente. Ya al día siguiente, la tía Fé, que tenía poca paciencia para la vida familiar de los Federmann, nos invitó por sorpresa a su hotel. Pero no a nuestros padres, sino sólo a mí, a Fabian y a la pequeña Fanny. En realidad fue una citación, que un cartero nos trajo a casa.

—¡Andaos con ojo! —dijo mamá—. ¡Es mejor no fiarse de la vieja arpía! Se va a pasar el día dándoos órdenes. Y también os podríamos contar cuatro cosas acerca de sus cambios de humor, ¿verdad, Franz?

Pero papá se limitó a murmurar algo y se marchó a su escritorio.

Todos la llamaban tía Fé, pero en realidad se llamaba Felicitas, como yo. Cuando yo nací se obstinó en que me pusieran ese nombre, aunque mi madre estaba en contra. Le parecía una locura que desde tiempos inmemoriales en nuestra familia todos los nombres

empezaran por *F*. Más tarde me enteré de que ya mi bisabuelo se llamaba Friedrich o Ferdinand Federmann. De ahí nació una tradición familiar. También los sobrevenidos tenían que resignarse y llamar a sus hijos según esa costumbre, y podían estar contentos si de vez en cuando en la partida de nacimiento figuraba una *Ph*, como en el caso de mi abuelo Philipp. Al parecer había también una prima lejana que se llamaba Philine. No tengo ni idea de por qué los Federmann observaban de forma tan rigurosa aquella estúpida regla. En cualquier caso, cuando, golpeando con su bastón en el suelo, la tía Fé le hizo saber a mi padre que había decidido que iba a ser mi madrina, nadie pudo hacer nada al respecto. Y así se decidió mi nombre.

Sin embargo, y a pesar de este capricho, los Federmann somos una familia normal, por no decir más que normal. Vivimos en una casa pareada que papá compró hace muchos años. La casa está en una urbanización algo alejada y todavía no está pagada del todo. Eso aún tendría un pase. Pero es que, encima, y a diferencia de la mayoría de nuestros compañeros de colegio, Fabian, Fanny y yo no somos hijos de complicados terceros o cuartos matrimonios, sino que tenemos unas circunstancias inusualmente normales. A veces me asombra el ambiente de seguridad casi burguesa en el que he crecido. Somos, por así decirlo, una familia nuclear. Y eso, al parecer, es un modelo en extinción; en el vecindario la mayoría de las familias están hechas de retazos, ex mujeres y ex maridos que se llevan consigo a los hijos, a los que a veces se unen incluso hermanastros e hijos adoptivos.

Nosotros estamos muy satisfechos con nuestra normalidad. Incluso la diferencia de edades entre nosotros parece sacada de un manual de planificación familiar. Yo cumpliré pronto los dieciocho, Fabian va al instituto y Fanny acaba de empezar la escuela. Que las clases comiencen cuando todavía es de noche le parece inconcebible. Es una niña descarada, fantasiosa, impaciente y entremetida. En casa siempre se lo han tolerado, aunque mamá la riña a menudo. Al igual que Fabian, sabe apreciar una comodidad que le permite tomarse las cosas con calma. Tiene una radio diminuta que pone a todo volumen para que todos oigamos lo que le gusta: un estilo entre el country proscrito de los ochenta y Sunny Rocket. Fabian, en cambio, que a sus catorce años parece increíblemente adulto, prefiere pasar el tiempo manoseando su nuevo teléfono blanco (él debe tener siempre el último modelo), pero también sabe cambiar los fusibles del sótano y reconoce todos los modelos de coche. Yo creo

que secretamente le pirra bastante el dinero, aunque él nunca lo admitiría.

Y ése es justamente el problema que empaña la armonía de nuestro hogar: por lo que sea, nunca llegamos a final de mes, aunque hace años que nuestro padre se mata trabajando como encargado de una oficina de matriculación de vehículos o, para ser más exactos, en la tercera sección principal del Departamento de Transportes o, para ser más exactos aún, en la segunda división de la Oficina de Permisos de Circulación y de Conducción de Vehículos a Motor. Con esta pedantería se expresan nuestros burócratas incluso para hablar entre ellos.

Yo dudo mucho que un tipo muy concreto de propietarios de vehículos hagan cola para hablar con papá. Me refiero a esa gente que pordiosean unas iniciales muy concretas para poder circular por ahí con matrículas como HYPE, MIZZI o ROY. El responsable de

De nada le sirve ser devoto al que no tiene dinero. **Martín Lutero**

elegir los números de matrícula puede caer fácilmente en la tentación de, previo intercambio de un discreto sobre, conseguirle a alguien la combinación deseada. Papá, naturalmente, no tiene nada que ver con eso; en el despacho de Franz Federmann el soborno es algo impensable.

Papá tiene un sueldo seguro y un puesto vitalicio. No sé si es funcionario o no, pero su salario aparece siempre puntualmente en la cuenta de la caja de ahorros. De ahí mamá saca dinero para los gastos domésticos y una pequeña asignación con la que siempre puede contar. En casa nadie lleva una vida de lujos; según papá, eso no procede. Años atrás, antes de que naciera Fanny, mamá también ganaba algo de dinero. Trabajaba media jornada en una tienda de productos ecológicos donde vendían manzanas arrugadas y unas tisanas con un olor muy peculiar. Papá da clases para principiantes en el club de ajedrez y coloca toda clase de seguros a sus colegas por los que sospecho que cobra algún tipo de comisión. Como la mayoría de la gente tiene miedo, siempre se deja endosar alguna que otra póliza. Y Fabian completa su asignación semanal reparando los cortacéspedes y las lavadoras de los vecinos.

Aunque con nosotros predique las virtudes del ahorro, a mamá le gusta mucho ir de compras. Eso es debido a que es una Ferenczy de nacimiento, una feliz coincidencia, pues se trata también de un apellido que empieza por *F*. Cuando era pequeña sus padres hablaban todavía en húngaro en casa, pero hoy se conforman con despedirse en el teléfono con un *viszontlátásra*, que al parecer significa

«hasta luego». En Budapest, de muy jovencita, se casó con un pequeño funcionario, pero el matrimonio duró apenas unos pocos años. En su foto de pasaporte el tipo tiene aspecto angustiado. Mientras él se aferraba a su puesto en el Ministerio de Agricultura, ella quería viajar a Alemania en cuanto se abrieran las fronteras. Al final lo dejó allí plantado y pidió el divorcio. Mi madre sacó algunas expresiones curiosas de casa de sus padres. Por ejemplo, según ella uno siempre debe ir vestido «con decoro», aunque no tenga dinero.

Creo que por eso le gusta tanto comprarse vestidos. A menudo llega a casa con un pañuelo o una blusa nuevos y explica con orgullo que las prendas estaban «muy rebajadas». Mamá cree en las gangas y se deja timar con las ofertas especiales. «Este paraguas tenía un sesenta por ciento de descuento», dice. «O sea que me he ahorrado ciento veinte euros.»

«¡Piensa un poco en lo que dices, Friederike!», le replica papá. «¿Un sesenta por ciento de cuánto? Primero ponen un precio desorbitado y luego lo tachan; es un truco de lo más burdo, pero tú caes siempre de cuatro patas.» Pero entonces ella se enfada, por eso en general papá prefiere no opinar sobre sus compras.

A nosotros estas discusiones nos ponen muy nerviosos. Cuando nos parece que se están pasando de la raya con la tontería, intervenimos y les soltamos algo como: «¿Tenéis que estar siempre peleándoos por el maldito dinero? ¡Es que sólo sabéis hablar de comprobantes, extractos de cuenta, archivadores y facturas! ¡Seguramente tenemos la culpa nosotros, porque os costamos mucho dinero!», les espetamos en tono de reproche. «La hipoteca, la matrícula del colegio, el viaje de fin de curso. Las zapatillas deportivas, las mochilas», añadimos, «¡es el cuento de nunca acabar!»

Aunque más nos vale cerrar la boca, pues mamá es muy susceptible con estos asuntos. Y Fabian, que cuando se suelta no puede evitar hacer comentarios ingeniosos, empeora todavía más las cosas.

–Es lo normal –asegura.

–No, no es normal, es aburrido –exclama Fanny.

–Normal y aburrido –intervengo yo con la intención de cortar la disputa–. Es normal que todo el mundo hable siempre de dinero. No es sólo en nuestra casa. Basta con que prestéis atención en el metro o en un café, os quedaríais de piedra con las conversaciones que tiene la gente por teléfono. Es normal que el dinero no alcance. Y es normal que los padres discutan de dinero, pero también que a nosotros nos ponga nerviosos y que protestemos; eso tam-

El dinero llega cojeando pero se va bailando.

bién es normal. Tendríamos que hacer todos como papá: cuando una discusión se vuelve absurda, desconecta y ya está.

Tardé mucho tiempo en descubrir por qué mis padres nunca critican a la tía Fé. Mi madre la pone de vuelta y media, sí, pero sólo a sus espaldas. Hasta que una noche, mucho más tarde, papá me confesó un secreto en privado: «Debes saber que la tía Fé no es vuestra tía, sino una tía abuela bastante lejana. Y además no sólo tiene dinero, sino que es rica. *Filthy rich*, como dirían los ingleses.»

—¡Ah, vale! —repuse yo—. Por eso somos tan cautelosos con ella, porque a lo mejor nos cae una herencia.

—Ya te la puedes quedar —aseguró papá—. Heredar es siempre un asunto espinoso. Las herencias son una catástrofe. No te puedes ni imaginar lo que sucede cuando un alud de dinero entierra a una familia. La sangre puede llegar al río.

El dinero es libertad acuñada. **F. Dostoievski, *Memorias de la casa muerta***

Finalmente llegó el día en que la tía Fe nos había invitado. «Ya conocéis el Vier Jahreszeiten. Está en el centro. No hace falta que cojáis el autobús, mi chófer os pasará a buscar.» Aquel coche inmenso con los cristales tintados también lo conocíamos, lo mismo que al botones del hotel. «Está arriba del todo, en el *penthouse*», dijo en inglés. «La *executive suite*.»

El ascensorista nos acompañó hasta la puerta. Las habitaciones eran más grandes que toda nuestra casa adosada. La tía había pedido un té. «¿Qué vais a tomar?», preguntó. Era muy fácil, bastaba con tocar un timbre y enseguida venía el servicio de habitaciones. Fanny pidió un helado, Fabian una Coca-Cola y galletas, y yo me conformé con el té.

La riqueza endurece el corazón más rápido que el agua hirviendo un huevo. **Ludwig Börne**

—¿Qué tal el colegio? —preguntó la tía, y sin esperar nuestra respuesta siguió hablando—. He oído cosas escandalosas sobre lo que hacen allí. ¡Menudo crimen, lo que os enseñan a los niños! Sólo aprendéis química, geometría y latín. ¡Memeces y nada más! Los profesores no tienen ni idea de economía porque, lo mismo que vuestro padre, son asalariados que cada mes reciben su paga, o, mejor dicho, lo que queda de ella. Ni siquiera son conscientes de lo que les retienen, y eso que es un pico considerable: impuestos de todo tipo, las llamadas contribuciones sociales, no sé qué primas de seguros, facturas de teléfono, la luz, el agua, la calefacción, seguros de enfermedad y qué sé yo qué más. ¿Vosotros sabéis lo que es el

llamado *neto*? Es el miserable resto de su salario. No me extraña que no tengáis ni para empezar.

A eso no supimos qué responder.

—¿A qué viene tanto refunfuñar? —protestó Fanny, ocupada con su copa de helado—. ¡Siempre con el dichoso dinero! ¿Por qué todo el mundo se exalta tanto al hablar de este tema?

Pero yo quería saber más, y también Fabian aguzó el oído.

—Si tienes un poco de tiempo, tía Fé, nos podrías explicar cómo funciona el dinero. Seguro que de eso sabes más que papá y mamá.

—A esta hora yo me tomo siempre un Earl Grey —respondió ella—. Es un té al que no se le añade leche, basta con unas gotitas de limón. Si os interesa la economía, mejor. Sólo que el asunto del dinero es bastante complejo. Tendríais que venir a visitarme más a menudo.

—Sí, claro. Siempre que quieras —exclamó Fanny, que estaba encantada con aquel hotel donde te daban todo lo que deseabas.

—Pero también tenéis que poner de vuestra parte. Os pondré un ejercicio y quiero que para el próximo día que vengáis escribáis lo que pensáis al respecto.

—Más deberes —suspiró Fanny—. Lo que me faltaba.

—Si eres perezosa te puedes quedar en tu casa. A los demás no les importará escribir un par de páginas, ¿verdad?

—Claro que no —respondí yo—. —Pues trato hecho. Ahí va la primera pregunta: ¿de dónde sale el dinero? Escribid lo primero que se os ocurra, tampoco es tan difícil. En realidad no son deberes, sino un juego. El próximo día quiero leer vuestras respuestas. ¿Pongamos pasado mañana a las cuatro y media? El chófer os devolverá a casa. Saludos a Franz y Friederike.

En casa se interesaron por cómo había ido la visita al hotel, pero nosotros no quisimos soltar prenda. Probablemente sólo habría servido para provocar una bronca, sobre todo si reveláramos las demolidoras opiniones de la tía Fé acerca del colegio. Los tres nos devanamos los sesos pensando qué íbamos a responder el próximo día. Eso sí, Fanny, que nunca había estado en un gran hotel, martirizó a mi madre con su entusiasmo por el fabuloso servicio.

En el Vier Jahreszeiten todo estaba como la primera vez. La tía Fé

No hay arte que un gobierno aprenda con más rapidez que el de sacar dinero de los bolsillos de la gente. **Adam Smith**

Es un arreglo singular, / le dijo el astuto Häschen a su primo Fritz, / que los más ricos del mundo / posean casi todo el dinero. **Lessing**

nos recibió ataviada con una especie de batín con pavos reales bordados. Fanny fue la primera que levantó el dedo.

—Yo ya sé de dónde viene el dinero. Mi padre lo saca de la caja de ahorros. Y si tienes una tarjeta, sale del cajero; sólo tienes que recordar la contraseña. A todos los adultos les dan tarjetas de ésas. Nosotros somos los únicos que no tenemos.

La tía Fé no dijo nada y se sentó esbozando una sonrisa torcida.

Pero Fabian no estaba conforme con la explicación de su hermana pequeña.

—Eso es porque no tienes una cuenta con saldo. Si no tienes nada, el cajero no suelta la pasta. Si intentas sacar algo tres veces, la máquina se traga la tarjeta y tú te quedas con cara de tonto. ¡No creerás que la caja de ahorros le regala algo a papá! Escucha lo que he escrito:

»“¿De dónde sale el dinero? Según mi padre, eso ni se pregunta. A él el dinero le llega puntualmente del ayuntamiento o del Estado. La administración le abona el sueldo mensualmente. Otros trabajan para una empresa y ésta les ingresa lo que ganan en la cuenta del banco. O el dinero viene de alguien que te lo debe, o de alguien que te lo regala. O de la asistencia social. También puede ser que alguien reciba una herencia. Pero yo creo que papá no entendió mi pregunta.

»“Por eso le planté un billete de diez euros delante de las narices y le dije: Fíjate bien. Los billetes tienen varias siglas: BCE ECB EZB EKT EKP. Además tienen también un número de serie, el año y una firma ilegible. ¡Y por estos papelitos vas cada día a la oficina! Es muy raro. Pero papá perdió los estribos. Pues ya puedes alegrarte, bramó. Con eso pago la hipoteca, las letras y la luz, tu dentista, las botas nuevas y todo lo que...

»“Intenté calmarlo. Tienes razón, le dije. Pero yo no te preguntaba por el dinero del que vivimos; la tía Fé quiere que le expliquemos de dónde sale el dinero en general. Él se limitó a reír y dijo: ¡Vaya, os ha dado un buen hueso que roer! Y no se le ocurrió nada más. Seguramente no quería que se notara que no tiene ni idea.”

Fabian leyó todo eso directamente de su libreta, y aunque a veces se le trabó la lengua, a mí me gustó lo que había escrito. La tía Fé también asintió con la cabeza:

Por el placer se hace el banquete, y el vino alegra a los vivos; y el dinero responde a todo. **Eclesiastés 10:19**

Donde hay dinero está el diablo, y donde no lo hay está dos veces.